

AGUSTÍN RAMOS

El estruendo del silencio: De la simulación consumista a la alucinación tecnológica

No sería correcto dejar de lado, al comenzar este trabajo, un aspecto que, inevitablemente, marca el devenir de nuestros sistemas sociales, económico, políticos y culturales. Se trata de la consideración, abrumadora y, en cierto modo, espeluznante, de que nos acercamos a pasos agigantados a un nuevo ciclo, una nueva era en las relaciones de la humanidad con sus entornos.

Lo que entendemos como disponibilidad humana, o presencia permanente y activa de los sujetos humanos en situaciones de necesidad está cambiando. El actual sujeto de referencia tiene claro que la disponibilidad, en sentido tradicional, como presencia de apoyo permanente y de sometimiento a normas éticas de comprensión y salvaguarda de valores de solidaridad y afecto, está pasando a un segundo plano. La disponibilidad humana es un recurso raro. La identidad del individuo utiliza como modelo a un sujeto autónomo, creativo, adaptado al sistema de representación en curso y crítico con él, tal como lo presenta Castoriadis (2000). Si le interesa, trata de cambiar este sistema. La cuestión principal estriba en el hecho de que el concepto de interés que maneja sitúa, en la actualidad, el deseo al servicio de la economía. Es decir, que desea aquello que economiza, o que convierte en instrumento de control y de salvaguarda de valores y posiciones propias. No consume sus propias energías si no es en

beneficio propio. Cuando actúa, lo hace en función de una dinámica de representaciones e imaginaciones que le son específicas. Nunca lo hace sin pensar en sus propios beneficios.

Diremos, sin embargo, que la tendencia señalada, coincide, en tiempo y forma, con el desarrollo paralelo de posiciones críticas con la actual configuración de la economía y del papel del propio sujeto en la esfera global planetaria. Por ejemplo, los movimientos antiglobalización desarrollados en los últimos años, tratan de reconfigurar el orden existente. No son estrictamente hablando movimientos que vayan contra lo global, sino que se oponen a una manera determinada de enfocar la globalización y la generalización como uniformización. Lo que discuten estos movimientos es que se pretende uniformizar el planeta bajo la égida de una supuesta tutela-fundamentalmente norteamericana, pero también europea, de base puramente occidental- en la que los valores de la libertad y de la solidaridad se acompañan con los de seguridad y control, lo que hace que fórmulas como las de los derechos humanos o la defensa de las víctimas se conviertan pura y simplemente, en una manipulación orquestada por las potencias occidentales para controlar el planeta y sus recursos naturales, todo ello a través de dos instrumentos básicos: las teletecnologías y telecomunicaciones-incluyendo en ellos, como relaciones comunicativas, los sistemas de los mass-media y, por otro lado, y no menos importante, la guerra.

J. Rifkin (2000) señala que asistimos a un desmoronamiento de la propiedad y del mercado, tal como lo conocíamos hasta hace poco. Las redes electrónicas y telemáticas van ocupando el lugar que el mercado deja, impregnando a la sociedad de una dinámica en la que la idea de acceso prima frente a la de propiedad. En este contexto el capital intelectual es el que manda y los nuevos dueños de la esfera económica son aquellos que prestan servicios variados. Es el paso de la producción industrial a la cultural, de una ética del trabajo a otra del juego. Las actividades lúdicas se conciben como mercancías. De tal modo que, como señala Rifkin (*ibid.*) en la nueva economía, la gente consume su propia existencia, siendo el tiempo y la duración, puras mercancías. La vida en sí se constituye en mercancía, impregnando todo el tejido social de una supuesta necesidad de estar permanentemente presente en las redes, entendiendo la libertad personal como la libertad de estar integrado en estos sistemas. Se observa también la presencia de personalidades múltiples en las redes. Cualquier persona conectada a internet, por ejemplo, puede presentarse de maneras muy variadas ante otros internautas, confundiendo, mezclando y jugando a su antojo con los demás. Son formas de consciencia fragmentarias, efímeras que se utilizan para configurar modos de identidad en las redes.

Rifkin (*ibid.*) también se refiere al crecimiento de la impaciencia y la desestabilización de la capacidad de atención en las sociedades actuales. Si a esto le añadimos que en el marketing se considera que 7 segundos es el tiempo medio que el individuo va a atender ante un requerimiento (publicidad, información etc.) podemos entender muchas de las situaciones que, aparentemente, no tenían más explicación que la psicoanalítica. Ahora vemos que el estado de enfermedad varía y estas situaciones desestabilizadoras atraviesan el tejido social de arriba abajo. Se trata de un modo de vivir, como otro cualquiera, pero que crea múltiples contradicciones y desestabiliza los ya de por sí frágiles equilibrios de muchos individuos.

Rifkin (*ibid.*) también precisa que los dos valores principales de nuestra época son: la ética del consumo y el desarrollo personal. El consumo, prácticamente funciona como norma y no como posibilidad. Ricos y pobres consumen sin cesar, cada uno en su ambiente. Las diferentes clases medias tratan de situarse en un mundo en el que las fronteras de la riqueza, más bien tiran hacia abajo que hacia arriba. Es muy fácil consumir, comprar coches, casas, discos, videojuegos o cadenas hi-fi. Pero resulta harto complicado mantener una posición permanente cuando los procesos de creación de empleo y de trabajo varían enormemente en función, no de la oferta y la demanda, que era la base del sistema hasta ahora, sino y fundamentalmente, en relación con lo que decidan los que mandan en los diferentes escenarios. Nuestro sistema globalizado está impregnado por grupos organizados que comandan y dirigen por doquier. La ética del consumo obliga al individuo, no sólo a tener objetos físicos directos —discos, una casa o un coche— sino que también le sitúa en lo que entendemos como mundos virtuales. Es decir, espacios y juegos simbólicos no perceptibles en la categoría de lo que hasta ahora entendíamos como físicos. Muchos de ellos no se tocan, no se ven directamente y crean figuras y formas que varían en función de las apetencias y necesidades del propio individuo interactuante, como son, por ejemplo, los juegos en la red internet. El desarrollo personal coincide con esas necesidades del individuo.

Z. Bauman (1992) precisa que el centro de la vida de la sociedad actual es la conducta de los consumidores. El lugar tradicionalmente ocupado por el trabajo es ahora la base de la libertad del consumidor ajustada a un mercado que impone sus reglas y su pensamiento único en materia económica. El mundo de la vida gira ahora en torno al consumo. El placer, antes considerado como enemigo de la laboriosidad capitalista, es ahora central en la nueva economía. Elementos como lo estético en relación con la sensibilidad y la seducción, pasan a cobrar una mayor importancia. En concreto, P. Bourdieu (1979) señala que la seducción es

el elemento central para el control y la integración social. También lo es para el tránsito hacia la sociedad de la información.

El principal vector de convergencia de estos dos valores referenciados es la actividad artística como vehículo primordial de las normas culturales. El objetivo principal es el de constituir una imagen de la apropiación de la experiencia cotidiana. Esta se produce como experiencia estética. Se consumen sucedaneos, pero aparecen como fundamentales, como íntegros. El valor de lo sensible se transforma en este mismo sentido. En el nuevo paso del capital, se utiliza la alta tecnología para fabricar la experiencia humana. Así lo señala A. Toffler (1970). Se trata de convertirnos en consumidores de nuestra propia existencia a través de las industrias de divertimento. De este modo, nuestra vida es una realidad que desaparece más allá de las pantallas. Lo que se vende en todo este engranaje de consumo compulsivo es una cierta manera de entender la experiencia, a través de los profesionales del marketing y los empresarios de la producción cultural y artística.

Paralelamente se organizan nuevos modos, por otro lado difícilmente alcanzables para la mayor parte de la gente, de entender el conocimiento. Se defiende el saber, la creatividad, la sensibilidad artística y las experiencias profesionales gratificantes. Como digo, contrasta esta defensa de un conocimiento creativo, con una realidad dura de infantilismo social, donde lo que impera es el divertimento y el ocio, sin grandes miramientos hacia el saber. Como señala Pascal Bruckner (1995), al ganar la libertad se ha perdido la seguridad. Hemos entrado en una era de tormentos perpétuos. Se puede decir que el ser humano sufre por haber conseguido lo que quería. Si es que lo que quería era eso y no otra cosa. Cuando uno ve los sufrimientos de algunos en Occidente se sorprende de comprobar que la mayor parte de ellos provienen de un infantilismo individualista acusado que propicia un cierto malestar civilizatorio en el que las víctimas reales —gente que sufre problemas de paro, marginalidad etc.—, dejan de existir a los ojos de los demás. Toman la escena una serie de individuos mezquinos, con unas fuertes dosis de «retorno a la infancia» y que anteponen sus pequeñas ansiedades a los de todo el resto, presentándose como las auténticas víctimas y sufriendo en su «exquisita sensibilidad». Una gran mascarada que tenemos que soportar en nuestras calles, casas y lugares de trabajo, por la que los verdugos se convierten en víctimas y encima abruman a estas últimas con sus requerimientos ansiosos.

La trampa estriba en que estos nuevos modos se tamizan con la transformación en mercancía del tiempo, de la cultura y de la experiencia. Es decir, que estos valores del conocer se sitúan en un ámbito de puro

mercantilismo, lo que los convierte en un simulacro, difícilmente detectable, salvo para los conocedores de las dinámicas de funcionamiento del sistema social. Y aún, en muchos casos, ni siquiera ellos son capaces de verlo. Todo se convierte en mercancía, sobre todo la cultura y el arte, obligados, de este modo, a mantener una artificialidad, una apariencia de seriedad y ensalzamiento, ocultando las auténticas dinámicas, para no destruir totalmente el tejido social.

Observamos que no nos situamos en un mundo de objetividades, sino en la pura contingencia. Este mundo no reposa sobre verdades sino sobre opciones y escenarios. Se trata de representaciones teatrales. El individuo se presenta en función de los contextos y funciona indistintamente según cada caso. Sobre todo, se trata de no actuar del mismo modo en lugares donde se exigen sistemas de actuación medidos y controlados. Por un lado se valora la honestidad en el otro, pero uno mismo actúa contrariamente a estos principios. El resultado es que el individuo que busca la honestidad y la integridad puede encontrar apoyos afectivos, pero queda fuera del sistema de representaciones y, por lo tanto, excluido del sistema global de interacciones metafóricas. Es decir, queda excluido de la «vida real», del mundo virtual en que se va convirtiendo todo este sistema de interacciones del simulacro.

No estamos lejos de un universo de alucinaciones estéticas de la realidad en la línea presentada por J. Baudrillard (1981). Se crean imágenes que abandonan el carácter en beneficio de la personalidad. Esta última se hace publicitaria. Se buscan personajes seductores, creativos, fascinantes, atractivos, calurosos... Una ruptura con el sujeto autónomo basado en un carácter de hierro, forjado en mil batallas. El nuevo individuo se forja en el oscurantismo del engaño y la manipulación. No entenderlo significa no situarse en una dinámica de comprensión de la realidad que puede terminar alejando al individuo en un mundo de frustraciones y desesperación, lejos de un ámbito que se va construyendo a sí mismo, precisamente en la negación del propio ser humano, en la fusión con máquinas y artefactos variados.

Valerio Evangelisti (2000) plantea en este sentido que el sistema de las alucinaciones está presente. El capitalismo tradicional parecía contentarse con la publicidad. El actual va más lejos e invade la imaginación, los sueños, las visiones del mundo más íntimas. El crecimiento de la comunicación le ha permitido imponer modos de vida, creando necesidades allí donde no existían, aumentando la sed de afirmación del individuo. Es difícil comprender nada de lo que ocurre en la sociedad actual, si no se tiene en cuenta la rápida colonización del imaginario realizada en estos últimos años. Anteriormente se realizaba un trabajo productivo concreto,

un número de horas por día y el resto del tiempo se consagraba al divertimento o al reposo, se utilizaba el tiempo en beneficio de uno mismo. Las nuevas actividades fundadas sobre la comunicación, extienden el campo de la productividad en detrimento del tiempo de reposo. Casi todos los espectáculos televisivos y de internet contienen incitaciones a la compra, de productos o de servicios, sea a través de la publicidad explícita o con referencias a modos de vida considerados como las mejores para todos.

De hecho, la imagen, señala Evangelisti (*ibid.*) ha provocado ya innumerables cambios sociales, desde la caída del muro de Berlín y la fascinación por las mercancías occidentales, hasta todos los problemas de emigración en busca de un mundo mejor que, de todos modos, deja ver pronto su auténtica faz.

La comunicación actual, toca directamente el inconsciente. La producción simbólica, en otros tiempos ajustada a la evolución de los siglos y a un cierto ajuste cultural, se ha vuelto frenética. Se defiende el enfrentamiento, la pérdida de identidad. Además, inmensas tragedias se reducen a secuencias de imágenes tan rápidas que no queda nada. Lo podemos observar en cualquier informativo televisivo. Falta el contexto, el análisis, la reflexión. Se introducen en la psique de las personas, falsas informaciones de falsas representaciones para que no se den cuenta de su condición real.

Las nuevas generaciones se entienden, sin embargo, como creativas, formándose en diversos escenarios, en representaciones virtuales de redes que digieren y fagocitan al individuo. Nos preguntamos si la pasión se mantiene en este proceso o comienza a desaparecer siendo sustituida por un cálculo puramente consumista en el que solo cuenta el aparentar, sabiendo a ciencia cierta que no hay nada interesante en todo ello, salvo el sacar ventaja en algún aspecto banal. Triste destino de seres sin intereses que vayan más allá del consumo de objetos e ideas.

La especie no desea superarse. Más bien renuncia a la superación, sometiéndose al dictamen de la fusión con las máquinas. ¿Es esta una manera particular de superarse? Lo dudo. Más bien creo que se trata de una renuncia de la humanidad, un vivir para sí mismo en un presente al que se le quitan las aristas del pasado y las inquietudes del futuro. Se trata más bien de no asumir ni los propios desarrollos de la historia de la humanidad, ni la carga de un futuro del que no se sabe nada. Se crea una consciencia terapéutica en la que lo fundamental es la búsqueda del placer, un narcisismo que, en el fondo de sí mismo, busca la supervivencia física y lo hace a través de máquinas con las que interactuar.

El yo, totalmente saturado, desaparece en tanto que yo. Se disipa para integrarse en terminales de múltiples redes, se difumina en las pantallas, convirtiéndose en pura relación. Podemos considerar que el yo no es ya la propiedad privada del individuo. Ahora pertenece a redes del ámbito del ocio, del comercio y de la cultura. Es el gran paso del capitalismo industrial al cultural.

Como contrapartida aparente, mientras el individuo se difumina en redes, la propiedad colectiva o pública desaparece, a su vez, virtualmente de la escena. Lo señala claramente Mac Pherson (1973). Se trata de hacer público lo privado, para lo cual el individuo se somete a una dinámica de comunicación mediática y posteriormente, lo público es utilizado comercial y económicamente como privado.

En este sentido, se genera una determinada manera de entender la propia idea de libertad. Los derechos de inclusión y de acceso son los que definen fundamentalmente esta idea. Ya no son la autonomía y la propiedad las que marcan las pautas. Ser libre es tener capacidad de acceso a la información y al conocimiento. Lo contrario es seguir siendo presa de una dinámica tradicional en la que el individuo va situándose fuera de las líneas y corrientes de decisión. Este hecho es, sin embargo, muy discutible. En realidad estamos hablando de nuevas formas de relación social y también de nuevas prácticas. Por ejemplo, tener acceso a informaciones de tipo económico, social, histórico etc. es importante. Participar en una comunidad virtual de foristas o jugadores de videojuegos variados no es necesariamente un elemento de interés especial. De hecho se observa, por ejemplo en la dinámica de los foros de medios de prensa o de páginas web de empresas determinadas, que la opinión de los participantes se difumina absolutamente en una complicada maraña de lugares de discusión abiertos, de tal modo que, incluso, es difícil saber donde se halla el foro en el que uno participa. Ejemplos de este tipo son fáciles de encontrar en páginas de medios de prensa en línea de gran aceptación. Es decir, el acceso puede producirse pero la utilización varía enormemente en unos usuarios y otros. La búsqueda de informaciones de interés y el desarrollo del conocimiento de lo que pasa no es accesible a todos los usuarios. La mayor parte de las informaciones de interés se encuentran en complicadas redes difíciles de descubrir. El internauta, harto o falto de paciencia abandona espacios y lugares con el mismo ímpetu con que los había descubierto, dejando, en ocasiones, a la nueva comunidad virtual absolutamente abandonada. De hecho, su abandono es muy probable que ni se note dada la profusión de mensajes cotidianos que inundan estas páginas. De este modo, se pierden diariamente en la red multitud de personas, cuyas opiniones y conocimientos podían aportar mucho a los demás y se favorece la presencia de gentes

incultas o ignorantes que no hacen nada más que ocupar espacios con el único objetivo de hacer aumentar las cifras de «conectados» a los medios. Pero los riesgos de la «libertad» son también esos.

Las prácticas que se observan son de ese tipo. Opiniones expresadas rápidamente, sin pensar detenidamente lo que se escribe y en la mayoría de las ocasiones con una ortografía especialmente desastrosa, utilizando abusivamente el insulto o la desautorización de opiniones ajenas. Las prácticas que se viven en estas comunidades que yo calificaría de desaforadas son, normalmente, de una cierta falta de comprensión y conocimiento de los asuntos que se tratan y en las que el objetivo es expresar virulentamente opiniones e ideas que además se pierden en la maraña general. Los textos meditados, pensados, trabajados, dejan de tener sentido en estos ambientes en los que no cabe la reflexión.

Esta actitud contrasta con las exigencias que la nueva economía pretende desarrollar. Siguiendo la estela de Rifkin (*ibid.*) la economía debe apoyarse en la fuerza de los lazos sociales y comunitarios, únicos creadores de confianza social. Está por ver si este simulacro de interacciones que se están produciendo en la red internet o en la manera de utilizar los teléfonos móviles tienen algo de esto. En principio parece que sí se produce una presencia de páginas web, de lugares de encuentro y, a la vez, una explosión de los correos electrónicos. Las distancias, no cabe duda, se reducen. El espacio se atraviesa en un momento. El tiempo utilizado para hacer llegar los mensajes es mínimo. Y la sensación de poder comunicar al instante es percibida como un gran logro y que aporta comodidad. La productividad en las relaciones comerciales se desarrolla enormemente. El trabajo se hace más rápido, al instante y aumenta el flujo de transacciones. La banca por internet, la telecompra, la contratación de viajes, la compra-venta de materiales y objetos, el intercambio de archivos, etc...

Podemos decir que al menos en este aspecto el desarrollo parece claro. Pero las referencias de Rifkin (*ibid.*) van más allá. Incluso se refiere a la existencia de un tercer sector constituido por instituciones culturales y sociales no lucrativas y que tienen como misión la de crear la confianza social y la empatía. Se trata de desarrollar una idea de comunicación que facilite los intercambios y que evite los odios, desavenencias y desconfianzas, permitiendo, de este modo, un correcto desarrollo de los intercambios comerciales y, por ende, la productividad y el beneficio de las grandes empresas.

Estas ideas también contrastan con ciertas prácticas, al menos en algunos países, en las que el individuo no es ni valorado ni reconocido dentro de

una dinámica social. Contratos basura, desmotivación en el trabajo, sanidad en declive, educación mínima para la mayoría y reservada para ciertas élites etc. Es decir, el mundo no parece hecho para la confianza sino para la tensión y el enfrentamiento.

Este es uno de los aspectos más ambiguos de las teorías de Rifkin (ibid.). Su referencia se sitúa en la lucha por el control geográfico. Se produce o está a punto de producirse un enfrentamiento en el tercer sector revitalizado y un cuarto sector constituido por la economía informal, delincuencia, mercado negro etc. Parece que el objetivo del capital es que las fuerzas del tercer sector se enfrenten radicalmente a las del cuarto. De este modo, los grandes magnates y sus macroempresas se mantienen al margen, favoreciendo mucho a estos últimos y un poco a aquellos para que aguanten. Lo que habría que hacer, en este caso, es dejarles el tema en sus manos y que el sector económico fuerte se vea degradado y corrompido por sus propias mafias. Después, los del «tercer sector» podrían tomar el control. Cuestión de estrategias. Por el momento se comprueba que las mafias dominan y que las grandes empresas, en realidad, ya son mafias. Todavía hay que esperar, pero ya se atisban los grandes problemas sociales del siglo XXI. Los enfrentamientos llegan antes de lo previsto.

Por lo anunciado, nos estamos situando en una especie de visión sin mirada. Tratar de ver, pero alejarse del compromiso y entrar en lógicas de silencios cómplices. Así lo precisa Andrea Giunta (2001) para quien, en ese cambio de modelo económico de la revolución industrial a esta revolución informacional, debemos tener en cuenta el siguiente paso, el de la revolución transgénica. Al complejo industrial y político, le sucede un complejo informacional. Una ciudad virtual rodeada de suburbios. Estos últimos serían las ciudades actuales, que cumplirían un papel de periferias de los grandes centros virtuales. Las bombas genéticas estallarán en los laboratorios, señala Giunta (ibid.), generando especies transgénicas, adaptadas a las condiciones de contaminación y a las formas de entender el tiempo y la distancia.

Paul Virilio (2001) integra el arte en esta dinámica, en cierto modo, en un paralelismo con las posiciones de Rifkin que veíamos anteriormente, señalando su papel primordial en la configuración de estas nuevas formas de funcionamiento e identificación social.

Cuando en 1939, Ilse Koch, la «perra de Buchenwald», desollaba a los detenidos tatuados para confeccionar con sus pieles diversos objetos de arte bruto, entre otras cosas, pocos se atreverían a decir que existe alguna similitud con la estética. Y, sin embargo, debe considerarse que existe.

Pero al hablar de la inmediatez del arte, señala Giunta (*ibid.*) nos estamos refiriendo a esa presentación de una obra que pretende imponerse a todos como evidencia, sin la mediación de reflexión alguna. Durante mucho tiempo, algunos hemos soportado, y todavía hoy insisten, estoicamente los comentarios y la presencia de gente que denunciaba la teoría, los conceptos y las ideas, planteando que el arte es libre y no necesita ni interpretación ni mediación reflexiva alguna. Nos encontrábamos rodeados de fascistas liberales que pretendían imponer la idea de que reflexionar y pensar sobre cualquier cosa es un error y que lo que hay que hacer es vivir la vida sin dar vueltas a nada. Estoy seguro que algunos que leen esto, piensan lo mismo. Pero como lo están leyendo tengo dudas de su buena fe. Quizás lo piensan porque lo han oído pero puede que tengan alguna otra idea que no quieren confesar, al menos por el momento. Quizás crean que saber y conocer no es malo y que cuanto más se piensa, más fácilmente se pueden solucionar algunos problemas. Al menos se puede retrasar el deterioro lo cual ya es una ventaja.

De cualquier modo, los laboratorios transgénicos del terror están hace tiempo abiertos. La anestesia es general y pueden operarse y lobotomizarse los cuerpos sin grandes problemas. Si la frontera entre humanos y transhumanos deja de existir, entonces casi todo vale. El arte también y paralelamente, camina a pasos agigantados, si no ha llegado ya a la idea de arte transgénico. De hecho, una de las características básicas del arte en internet es precisamente que cualquiera con un microprocesador puede hacer cualquier cosa. Después, a través de propagandas y manipulaciones variadas puede hacer llegar su mensaje a cualquier ámbito. Esto que, en principio, es muy interesante, puede, sin embargo, convertirse en una nueva contemporización en el mundo de lo artístico.

La mezcla o confusión entre ética y estética puede estar en el origen de todo este galimatías. Ahora observamos claramente la relación con la nueva economía presentada por Rifkin (*ibid.*). Si atendemos a algunas de las formulaciones que sobre la estética publicitaria se observan en la actualidad puede parecer que la relación entre la creación artística y el consumo es una constante. Esto es cierto, pero no debemos olvidar que hay muchos artistas a los que las pretensiones de la ética consumista o cualquier otra cadena simbólica económica no les interesa mucho. Si no contamos con Dadá y sus herederos, no creo que podamos hablar de una ética vinculada a la estética. El mismo Duchamp nos lo muestra. Los valores nuevos, que se desarrollan en el arte durante todo el siglo XX, implican reconocimiento del futurismo, el surrealismo, el dadaísmo, el situacionismo y todo lo que entendemos como arte contemporáneo.

Tenemos también a Pollock, Cage y a Beuys que amplían la noción de arte. El arte adquiere dimensiones de libertad. Es quizás esto lo que a través del consumismo y de la sociedad de las teletecnologías se nos quiere hacer olvidar. Destruir lo interesante e innovador. Convertirlo todo en objeto de consumo y mercancía.

Del mismo modo que algunos atacan al saber, la reflexión y la inteligencia, hacen lo propio con todo lo que sea arte de libertad creativa, diciendo que no sirve para nada o que es una aberración. ¿No están estas ideas reaccionarias impregnadas de ideologías nihilistas o similares? ¿Es el arte la expresión sensible de la idea, como afirmaba Hegel?

Es decir, hay quienes pintan, esculpen o hacen cine, igual que reflexionan o piensan, o todo a la vez. Como afirma Fernando Aguirre (1996) se puede hacer de la propia vida una obra de arte. Esto parece claro. Hasta los críticos y analistas de arte pueden tener cierto interés y connotaciones éticas con comportamientos inteligentes. Es cierto, por otro lado, que nuestros públicos masivos están muy poco preparados y poco dispuestos a enfrentarse con obras de arte difíciles. Poco se hace por formar a esos públicos y la maduración de la captación artística o de la lectura literaria y otras prácticas de la cultura no son destrezas que se puedan producir por ósmosis.

Paul Virilio (2001) que no parece tener dudas sobre todo esto, ni sobre los sistemas de comportamiento de la gente, entiende que en todo este desastre, la obra de Joseph Beuys «Silencio», hace juego con «El grito» de Munch. No deja abiertas las esperanzas. El gran silencio en medio del ruido infernal. Ruido para despistar, silencio para imponerse a las conciencias. La imagen es la que manda y el audiovisual se impone por todas partes. Esto que, para Virilio (*ibid.*) es una tragedia, no es, sin embargo, lo más importante. Lo fundamental es que a través de la influencia telemática se ha instaurado en nuestro mundo un profundo silencio, teñido de matices desconsoladores, un silencio de muerte, la muerte de la especie y la transformación en máquinas. ¿Es un mal destino? No lo creo. Al menos es algo, antes que la pura descomposición romántica en el cosmos, que tampoco es un mal final. Sin embargo, el audiovisual también crea imágenes que incitan, mueven a la reflexión y, además, de hecho, provienen de la reflexión. Quizás Virilio se esté equivocando en parte. No todo lo que se produce en imágenes es negativo. Al contrario, es un mundo apasionante. Sólo que conviene matizar la relación con otros sistemas de comportamiento y de conocimiento. En este sentido y siguiendo la misma estela, la filosofía también es sospechosa del gran silencio y del elitismo que se aleja de la gente

porque las personas no se merecen el saber. De este modo, también estaríamos contribuyendo a la degradación del ser humano al dejarlo abandonado a su suerte, que es la dinámica de las multinacionales y de la sociedad de consumo.

Pero el silencio, como estrategia, de cualquier modo, es un desastre. El infernal ruido de las músicas y de las tele-visiones variadas encubre en realidad, el profundo silencio frente a lo que pasa, el dejar hacer, el aniquilamiento de las víctimas, la destrucción de lo humano. Muchos además, lo desean, disfrutan con ello. El placer morboso de ver morir a otros y de contemplar las tragedias del planeta en imágenes con un rictus de incomprensión y una profunda satisfacción por sentirse individuales, únicos en el mundo, alejados de las presencias inquietantes de los cuerpos. En una post-humanidad trans-génica llena de músicas, imágenes, informaciones y ruidos variados que tratan de mantener el silencio oficial, la complicidad con la destrucción y el aniquilamiento. ¿Un destino merecido para una humanidad que ha hecho tanto por lograrlo? No es el fin de los tiempos, sino el fin del pensamiento, sustituido por el silencio. Habrá que pensar en recuperar la voz de los sin voz, la fuerza del sujeto pensante, ahora que muchos de nuestros pensadores también nos están abandonando. Unos porque se mueren, los otros por hasío ante la vida y los más, por soberbia, por no querer compartir el destino de los humanos. Estos últimos son terribles, dan miedo, porque al final son lo que más defienden ese silencio de muerte. Son los precursores de los nuevos criminales, de las nuevas formas de matar, de los nuevos campos virtuales de exterminio de conciencias. Son los colaboradores del fin del pensamiento. Suicidas que prefieren morir matando.

Bibliografía

Aguirre, F. (1996), «Modelos y valores del arte europeo actual», en VALORES DEL ARTE EUROPEO ACTUAL, Cursos de Verano de la Universidad del País Vasco, Donostia, agosto (inédito)

Baudrillard, J. (1981), SIMULACRES ET SIMULATIONS, Paris, Galilée.

Bauman, Z. (1992), INTIMATIONS OF POSTMODERNITY, New York, London, Routledge.

Bourdieu, P. (1979), LA DISTINCTION. CRITIQUE SOCIALE DU JUGEMENT, Paris, Ed. Du Minuit.

Bruckner, P. (1995), LA TENTATION DE L'INNOCENCE, Paris, Éditions Grasset.

Castoriadis, C. (2000), «Pour un individu autonome», MANIÈRE DE VOIR, 52.

Evangelisti, V. (2000), «La science-fiction en prise avec le monde réel», LE MONDE DIPLOMATIQUE, n.º 557, agosto.

Giunta, A. (2001), «Introducción» al texto de P. Virilio, EL PROCEDIMIENTO SILENCIO, Barcelona, Paidós.

Mac Pherson (1973), DEMOCRATIC THEORY: ESSAIS IN RETRIEVAL, Clarendon, Oxford.

Rifkin, J. (2000), L'ÂGE DE L'ACCES. LA RÉVOLUTION DE LA NOUVELLE ÉCONOMIE, Paris, La Découverte.

Toffler, A. (1970), FUTURE SHOCK, New York, Bantam Books.

Virilio, P. (2001), EL PROCEDIMIENTO SILENCIO, Barcelona, Paidós.